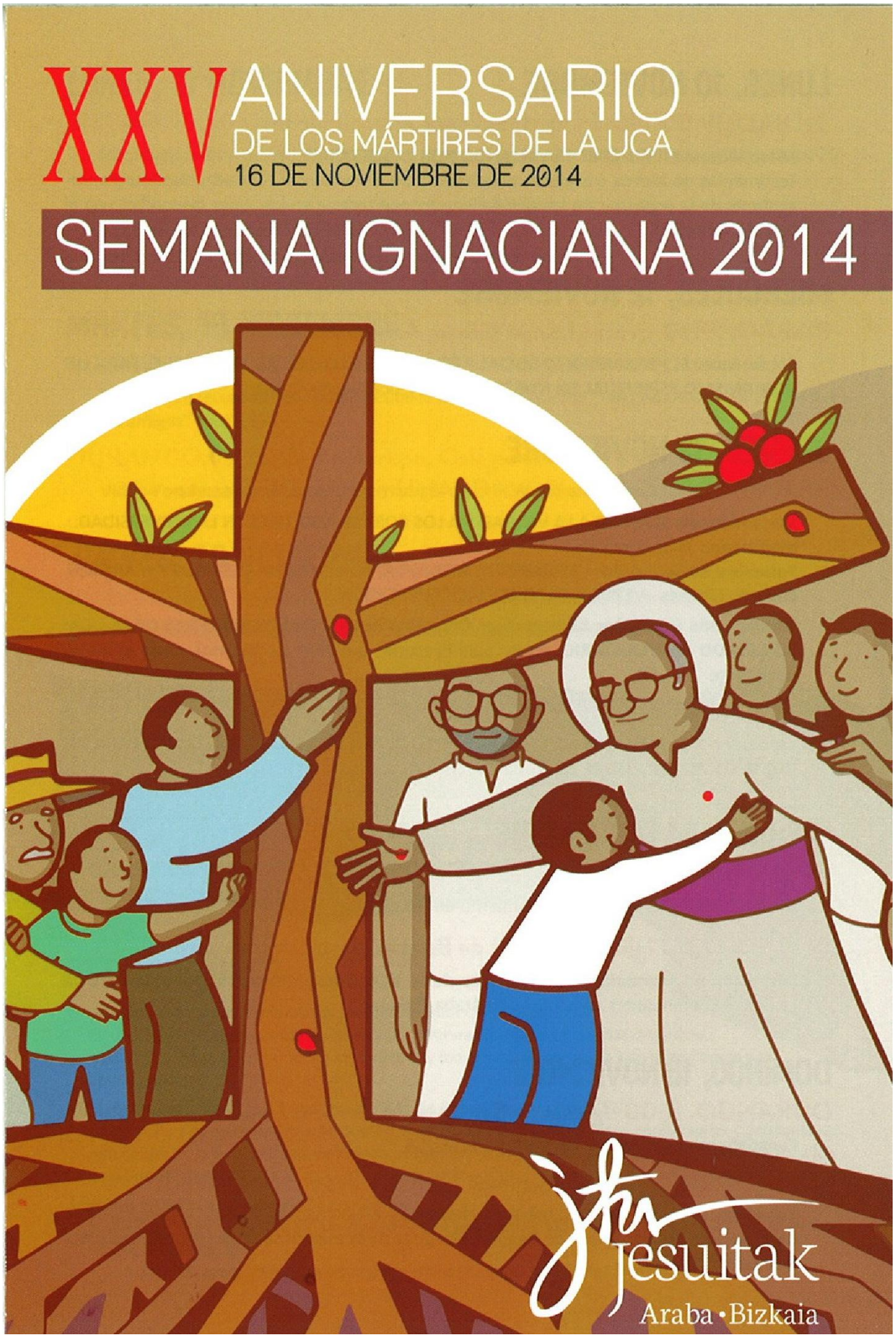

Homenaje a los mártires de la UCA- El Salvador

Seguimos trabajando por la justicia. Otros 25 años por delante.

Fundación Social Ignacio Ellacuria
Bilbao-2014

Recuerdos que iluminan y exigen

13 de Noviembre de 2014 a la(s) 6:0 - José M. Tojeira sj/Analista, ex rector de La UCA y Provincial en el momento del asesinato.

En unos días celebraremos el aniversario de la masacre de la UCA. Un cuarto de siglo da para pensar bastante sobre lo que pasó y sobre las enseñanzas de lo que realmente fue un acontecimiento, más que un hecho. Los hechos se convierten fácilmente en números.

Los acontecimientos impactan, marcan el interior de la personas, generan movimiento y conciencia. El asesinato de ocho personas en la UCA aceleró el proceso de paz, interrumpió una veta de pensamiento profundo sobre El Salvador, generó un debate sobre el tema de la impunidad y las víctimas que aún no han encontrado su término ni su final feliz. Recordarlos hoy es, una vez más, reflexionar sobre El Salvador. Sobre su pasado y sobre las raíces de ese pasado que continúan siendo presente. Sobre la generosidad y sobre el valor del pensamiento solidario y pacifista. Sobre la fuerza de las víctimas y la imposibilidad de ahogar los sentimientos de justicia que generan.

La muerte de estas ocho personas fue un crimen institucional. La orden provenía del Estado Mayor, pero fueron juzgados mayoritariamente soldados y unos pocos oficiales, todos ellos terriblemente presionados desde arriba. A las pocas horas del crimen se sabía con claridad, tanto en el Gobierno como en la Fuerza Armada, quiénes lo habían cometido. Pocos días antes, y durante dos horas, se había insistido en una cadena radial gubernamental, en la necesidad de asesinar a todos los comunistas, terroristas, etc., mencionando con frecuencia tanto a tres de los jesuitas asesinados como a monseñor Rivera y monseñor Rosa. Pero se insistió durante 52 días en que los asesinos eran miembros del FMLN y se enviaron delegaciones pagadas por el gobierno a Washington, Madrid y el Vaticano para insistir en la autoría de dicha fuerza insurgente.

Cuando no quedó más remedio se aceptó juzgar a los ejecutores absolviéndolos. Se condenó a los intermediarios de la orden y se encubrió a los autores intelectuales e inductores del crimen. La tarea de encubrir fue sistemática. Participaron hasta las más altas esferas del gobierno de entonces. Cuando se ha querido ir más allá de los ejecutores, se ha encontrado el muro infranqueable hasta el momento de la Fiscalía, el sistema judicial y la negativa a reconocer públicamente responsabilidades.

Esta realidad esclarece la debilidad permanente de nuestras instituciones, a pesar del desarrollo de la institucionalidad democrática en los años posteriores a la paz, nada despreciable en El Salvador. Al final resulta muy difícil romper esa especie de clasificación de superiores e inferiores en nuestra sociedad que hace a las personas diferentes ante la ley, ante los derechos humanos fundamentales económicos y sociales e incluso ante la deducción de responsabilidades. Vivimos en una sociedad de doble o de triple vía en el campo de los derechos básicos, dejando los derechos de las mayorías en niveles excesivamente bajos. Si quienes tenemos detrás instituciones potentes ideológicamente, amigos a escala internacional, capacidad de defendernos y expresarnos, percibimos formas irracionales de violencia estructural que nos impiden el acceso a la justicia, qué será de quienes ni tienen influencia, amistades ni voz.

Los mártires de la UCA, y lo son en el sentido estrictamente cristiano, buscaban la paz porque amaban a las personas. No querían muerte en El Salvador y veían como único camino un diálogo en el que estuvieran presentes los derechos de los pobres. Su recuerdo, más allá del esfuerzo fallido por hacerlos irrelevantes, nos dice que caminemos más aprisa en el aseguramiento de la igual dignidad humana. Las víctimas y la preocupación real por ellas son el mejor medidor del desarrollo humano.

Soñando con nuestros mártires

13 de Noviembre de 2014 - Editorial de la UCA

Si aún vivieran, Ignacio Ellacuría tendría 84 años; Amando López, 78; Nacho Martín-Baró, 72; Joaquín López y López, “Lolo” o “tío Quin”, como le decíamos cariñosamente, tendría 99 años; Segundo Montes y Juan Ramón Moreno andarían en torno a los 80; Elba Ramos habría llegado a los 67; y su hija Maricela, como con frecuencia le decíamos, a los 42 años. Seguirían activos porque el fuego que los consumía por dentro no los dejaría descansar. Ellacuría, cuando le faltaban dos años para terminar el que él asumía que sería su último período como rector, decía que quería dedicarse a pensar El Salvador. Que se habían centrado necesariamente en el fin pacífico y dialogado de la guerra, pero que no se le había puesto el necesario pensamiento al futuro. Este hombre que deseaba impulsar una nueva civilización, protagonizada por los que él llamaba “pobres con espíritu” y que tuviera como centro el trabajo, hubiera luchado por construir la paz desde los intereses de los pobres.

En la mesa de las negociaciones de paz estuvieron presentes los derechos políticos y civiles del ciudadano, pero poco o nada los económicos y sociales. Todavía hoy sigue habiendo una desproporción entre los primeros y los segundos. Avanzamos en el derecho a la ética, a la rendición de cuentas, a la transparencia, al consumo informado, en temas electorales, pero caminamos sumamente despacio en temas de salario decente, educación equitativa y universalizada, salud de calidad e igualitaria para todos, vivienda digna. Ellacuría nos hubiera espoleado, desde el principio hasta el presente, a ir más aprisa en ese camino, donde se juega en definitiva la igual dignidad de la persona humana.

Nacho Martín-Baró, cuyo impacto en la psicología social latinoamericana ha seguido creciendo a través de su intuición de la psicología de la liberación, estaría en estos momentos en la plenitud intelectual. Sus análisis de la violencia como fenómeno psicosocial nos hubieran ayudado a prevenirla con más eficacia. Su análisis crítico del poder hubiera potenciado la democracia; y su cercanía personal a los pobres, las luchas de estos en contra de un sistema tan semejante al de las castas, que hoy sigue estratificando los derechos económicos y sociales según criterios de posición social, ingreso y zona geográfica de residencia.

Segundo Montes, analista lúcido de los procesos sociales, hubiera seguido con precisión a los migrantes, animándolos a organizarse y tratando de crear en este sector una visión que les hiciera incidir positivamente en el desarrollo social salvadoreño. Si por su capacidad económica hay alguna fuerza semejante a la de la empresa privada, esta es la de los migrantes. Fuerza que solo podrá mostrarse como tal si alcanza una organización social fuerte, capaz de negociar y presionar al Gobierno en función del desarrollo social. Montes estaría en la lucha, trabajando con los migrantes desde el inicio hasta el presente, ayudándoles a pasar de la fuerza caritativa y generosa que hoy son, a una fuerza organizada capaz de incidir en la transformación económica y social de El Salvador.

Lolo nos hubiera dejado una Fe y Alegría bien dotada, ahondando en la formación profesional de la juventud y en la prevención del delito. Juan Ramón, artesano de la Biblioteca de Teología y hombre de la teología espiritual, del seguimiento de las comunidades religiosas y del Profesorado en Teología, hubiera contagiado su fuego y su pasión por la cercanía a Jesús a los multiplicadores del Evangelio, religiosas en pastoral, laicos ilustrados, gente sencilla interesada en saber teológicamente más para poder dar razón de su esperanza. Amando, con su bonhomía y su cercanía, hubiera sido fundamental para que este equipo de la UCA conservara el humor, resistiera en su agotador ritmo de trabajo y no perdiera nunca la esperanza.

Elba seguiría trabajando, ya con el ritmo más lento de las abuelas, y sembrando entre las múltiples generaciones de jesuitas ese espíritu de bondad y sabiduría popular que tanto la distinguía en su relación con los jóvenes aprendices de la Compañía. Y Celina sería una profesional llena de ese espíritu de servicio que siempre la caracterizó cuando ayudaba a su madre en su trabajo los días de vacación, rasgo de una nueva generación de salvadoreños que, nacidos entre la violencia y la pobreza, salen adelante buscando un futuro más pacífico y solidario.

Son sueños, pero nos siguen señalando tareas. Porque nuestros mártires continúan vivos en el Reino que deseamos que venga a esta tierra. Viven además en nuestra historia, en el recuerdo motivador de quienes los admiramos tanto en vida como en la memoria. Y permanecen en las vidas de aquellos que salvaron al acelerar el final de la guerra con el sacrificio de su entrega generosa y su sangre derramada. Soñar con nuestros mártires de la UCA es despertar con nuevos bríos a la lucha por la paz con justicia social.

Un recuerdo agradecido a Jon Sobrino

Articulo de Víctor Flores García – Periodista salvadoreño

Semblanza de Jon Sobrino, S.J.: teólogo de la liberación, hombre comprometido con su tiempo

Víctor Flores García

Jon Sobrino, teólogo de la liberación comprometido con los pobres de su tiempo, nació en Barcelona, en 1938, hijo de familia vasca que tuvo que trasladarse a la Ciudad Condal a causa de la guerra civil española. Ingresó en la Compañía de Jesús a los 18 años; en 1957, viajó por primera vez a El Salvador. Esto lo hace un catalán con sangre vasca por nacimiento; salvadoreño y latinoamericano por la adopción de un pueblo que lo ha acompañado en sus alegrías y desgracias; y hombre universal por su fe, que ha orientado sus mayores preocupaciones espirituales e intelectuales.

Esa curiosidad intelectual y vocación, incesante y abierta, lo llevó a hacer estudios en Estados Unidos y Europa. Cursó estudios de ingeniería en la universidad jesuita de San Luis, en Estados Unidos, y de teología en Fráncfort del Meno, Alemania, donde se doctoró. Volvió a El Salvador como profesor de teología en la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas", institución que fundó con sus hermanos jesuitas, entre ellos Ignacio Ellacuría. Fue estrecho colaborador del arzobispo de San Salvador Óscar Romero, asesinado en 1980.

Ahora es reconocido como uno de los teólogos más prolíficos de América Latina, junto con una generación que incluye a Leonardo Boff y Gustavo Gutiérrez. Su obra ha sido empeñosa en contribuir a la cristología, la eclesiología y la espiritualidad de la liberación.

El 16 de noviembre de 1989, por encontrarse en Tailandia dictando una conferencia, Jon Sobrino escapó de ser asesinado en la masacre cometida por tropas de élite del Ejército salvadoreño, en los días culminantes de la guerra civil salvadoreña, cuando seis de sus hermanos de la Compañía de Jesús de toda la vida, una empleada y su hija fueron asesinados a mansalva: hoy recordamos que aquel día murieron por sus convicciones cristianas los padres jesuitas Ignacio Ellacuría, Segundo Montes, Juan Ramón Moreno, Ignacio Martín-Baró, Amando López, Joaquín López y López, y Elba Ramos y su hija menor de edad Celina. Paradójicamente, la conmoción mundial de aquellas muertes iluminó una realidad que de otra manera habría sido completamente oscura y abrió el camino hacia la solución política negociada del conflicto, y a un acuerdo de paz que se firmó en México en enero de 1992.

El padre Sobrino se ha mantenido firme en su opción por la justicia y el Evangelio, y sigue promoviendo una teología de la liberación comprometida con la realidad social, una teología fundada en la misericordia de Dios, que a su juicio constituye el principio y base de la vida de los hombres, como indico en el texto que citamos.

Ha hecho de su vida, de su trabajo intelectual, de su teología, un compromiso vital por la liberación de los pobres, contra las estructuras injustas que los oprimen. Desde esta experiencia y lucha, en su vida dedicada íntegramente al servicio de los más marginados, ha experimentado Jon Sobrino su manera de ser creyente y de dar razón de su fe.

Su primera gran obra fue *Cristología desde América Latina*, publicada en México por el Centro de Reflexión Teológica, en 1977, a la que siguieron una extensa lista de obras centrales en la teología latinoamericana, como *Liberación con espíritu: apuntes para una nueva espiritualidad* y *El principio misericordia*, publicada en 1992 en Santander por Sal Terrae; a la que siguió su celebrada obra *Jesucristo liberador* I-II, publicada en Madrid por la Editorial Trotta, Madrid, en 1993 y 1998; y luego llegaría *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas* (1999), que es su itinerario teológico desde los pobres.

La Congregación para la Doctrina de la Fe del Vaticano, en una controvertida notificación, llegó a calificar como "erróneas o peligrosas" algunas de las afirmaciones recogidas en textos escritos por Sobrino, y que forman parte vital de la teología de la liberación, aunque no llegó a sancionarlo personalmente. A pesar de estas censuras, su teología se ha mantenido radicalmente fiel a los pobres y a su fe en Jesucristo, como inspirador de toda liberación, esperanza y salvación de los hombres.

Su experiencia vivida en una situación de enorme injusticia social y política, de opresión de un pueblo, de todo el continente latinoamericano, ha confortado su espíritu en los momentos de mayor soledad humana, su reflexión sobre Dios, sobre Jesucristo, sobre la Iglesia y la realidad sufriente, crucificada de un pueblo, del mundo de los pobres, regido por el principio del egoísmo, que produce violencia y da muerte a millones de seres humanos.

Su admirable y conmovedora reflexión sobre la fe cristiana en su intrínseca relación de misericordia con la realidad del mundo de los pobres, tiene una conexión directa con la dramática historia de opresión y liberación de estos pueblos. Jon Sobrino es ante todo un teólogo que busca, que quiere ser honrado con la realidad y "mirar las cosas tal cual son". De allí procede su fidelidad a ese mundo de los más marginados y a su

liberación, para "cargar y encargarse" de esa realidad, como él repite, recordando a su inolvidable amigo y hermano Ignacio Ellacuría.

Sobrino sabe que su "mala fama", como él dice en una carta a su superior jesuita, el padre Kolvenbach, no es algo específicamente personal, sino parte de la campaña contra la teología de la liberación. "El modo de proceder del Vaticano en los últimos 20 o 30 años ha hecho lo posible que desaparezcan las comunidades de base, los pequeños, los privilegiados de Dios", escribió en esa ocasión con motivo de la amonestación procedente de Roma. Por tanto, "adherirme a la notificación, que expresa en buena parte esa campaña y ese modo de proceder, muchas veces claramente injusto, contra tanta gente buena, siento que sería avalarlo. No quiero pecar de arrogancia, pero no creo que ayudaría a la causa de los pobres de Jesús y de la Iglesia de los pobres".

A pesar de censuras eclesiásticas, la teología de Jon Sobrino, radicalmente fiel a los pobres y a su fe en Jesucristo, sigue descubriendo el germen último de toda liberación, esperanza y salvación. Su síntesis teológica, liberadora y revolucionaria recorre y recorrerá el mundo, y con su sencilla presencia en foros muy diversos, seguirá exponiendo el sentido de Jesucristo hoy, como esperanza para los más pobres.